

insta al mismo Profeta a estar precavido: “Cuando los ves, te gusta su aspecto y si hablan, sus palabras captan tu atención. Son como madeiros que no sostienen nada. [...]. Ellos son el enemigo, tened cuidado. [...]”¹⁴⁶. Ibn ‘Aṭā’ Allāh, en otro de sus aforismos, también habla sobre este principio, según el cual las acciones de origen patológico pueden tener una apariencia seductora que impulsa al individuo a seguir practicándolas, pues no encuentra resistencia que le lleve a un replanteamiento de las mismas: “Y puede que te mantenga a distancia, sin tú saberlo, aunque sólo sea porque Él te deje hacer lo que quieras”¹⁴⁷. Y Rūmī nos recuerda el ejemplo del Faraón de Egipto: “Dios había dado al Faraón, durante cuatrocientos años, el mando, la soberanía, la realeza y el goce. Todo aquello era un velo que lo alejaba de la presencia de Dios. No le dio ni un solo día que no le fuese favorable y sin hastío, para que nunca se acordase de Dios. El Altísimo le dijo: «Ocupate de tu propio deseo y no te acuerdes de Mí»”¹⁴⁸.

La necesidad de desarrollar el criterio de discernimiento

Hemos visto que existe una guía inconsciente incorrecta, es decir, que la acción del *naḥs* pasa desapercibida. Esto, entre otros efectos, tiene el de producir una distorsión en la apreciación de la realidad que puede llevar a no distinguir entre lo perjudicial y lo beneficioso, lo bello y lo feo, lo correcto y lo incorrecto. Rūmī pone ejemplos de realidades aparentemente iguales, pero muy distintas en esencia: “[...] de una, la avispa, proviene una picadura, y de la otra, la abeja, la miel. Ambas clases de ciervo comieron hierba y bebieron agua: uno produjo excrementos y el otro almizcle puro. Ambos juncos bebieron de la misma fuente de agua, pero uno está vacío y otro lleno de azúcar. Considera cientos de miles de comparaciones, [...] puede que el agua dulce y la amarga tengan la misma claridad. ¿Quién puede percibir la diferencia salvo un hombre con gusto? Encuéntrale: sabe distinguir el agua dulce de la salmuera”¹⁴⁹. Con ello, Rūmī pone de manifiesto la necesidad de desarrollar un criterio de discernimiento, una ‘piedra de toque’, que permita la apreciación correcta de la realidad: “Sin la piedra de toque no podrás diferenciar el oro de ley del adulterado.

Aquél en quien Dios ponga la piedra de toque podrá distinguir la certeza de la duda”¹⁵⁰.

El criterio de discernimiento permite, pues, distinguir la verdad de la falsedad y el bien del mal, y es de vital importancia puesto que un criterio equivocado lleva a la acción perjudicial. El sufismo podría considerarse así como la ciencia que proporciona este criterio de discernimiento. Así, con la paulatina adquisición del conocimiento esencial va desarrollándose también la capacidad para discernir. Este criterio se asocia al tipo de conocimiento que fue otorgado a Jidr, según relata el Corán, como se expuso anteriormente, y que se conoce como ciencia *ladunniyya*: “Así dieron con uno de Nuestros siervos al que le habíamos concedido una gracia procedente de Nosotros y al que habíamos enseñado un conocimiento de Nuestra parte”¹⁵¹. El episodio coránico del encuentro entre Jidr y Moisés muestra claramente esta necesidad, pues gracias a este conocimiento Jidr pudo distinguir el bien del mal y actuar en consecuencia, aunque en principio sus actos no fueran comprendidos por Moisés. El nivel de Jidr es el más alto al que se puede llegar respecto a este tipo de conocimiento.

Según Ibn ‘Arabī, uno de los requisitos para poder adoptar la cualidad del nombre divino “el Vigilante” es desarrollar la capacidad de discernimiento para así poder diferenciar las inspiraciones positivas de las negativas: “El que atentamente observa en su corazón (*qalb*) las huellas (*ātār*) de su Señor —las inspiraciones divinas— para poder así diferenciarlas con claridad de las huellas de su propio deseo (*hawā*) y de su demonio personal (*ṣayṭānu-hu*) es decir, las sugerencias egocéntricas o satánicas; [...] tal siervo se ha revestido de la cualidad de Su nombre *al-Raqīb*”¹⁵².

El tema del discernimiento parece ser un tema de vital importancia, pues es incluso el título de un capítulo o sura del Corán¹⁵³. Llama la atención que la primera aleya de esta sura menciona el hecho de que el discernimiento es un don divino: “¡Bendito sea Aquel que ha hecho descender a Su siervo el Discernimiento para que fuera una advertencia a todos los mundos!”¹⁵⁴.

Gazālī distingue entre conductas lícitas, ilícitas y las que se encuentran en medio de ambos extremos y que pueden aparecer como ambiguas, y pone estas últimas en relación a la capacidad de discernimiento¹⁵⁵. Así, la Ley revelada da información sobre algunas conductas que son declaradamente lícitas o ilícitas, por lo que no es necesario ningún acto de discernimiento. También existen conductas que, aunque no se detallan en el Corán, son declaradamente lícitas; Gazālī pone como ejemplo el hecho de que un hombre recoja agua de lluvia en una tierra de su propiedad o en una tierra sin propietario¹⁵⁶. Aquí no hay tampoco ambigüedad posible. Sin embargo, hay otras muchas situaciones en las cuales no es tan evidente el criterio de conducta a seguir, y por tanto para decidir es necesario haber desarrollado el discernimiento. Gazālī cita un ejemplo extraído de un episodio de la vida del gran sufí egipcio *Ḍū l-Nūn al-Miṣrī*: mientras éste se encontraba prisionero y hambriento, una mujer piadosa le envió alimentos por medio del carcelero, pero él no comió de ellos y se excusó diciendo que ella se los había llevado sobre el plato de un hombre injusto, por lo que, de comerlos, hubieran sido ilícitos¹⁵⁷. Aunque se trata de un ejemplo extremo y quizás discutible, pone de manifiesto una conducta que depende del criterio de discernimiento.

Por otra parte, muchas conductas adoptan una apariencia de bien cuando en realidad esconden un mal en su interior. Incluso la respetabilidad y correcta ciudadanía pueden ser ejemplos de ello. Jesús, dice Huxley, no dejó de lanzar invectivas contra los escribas y fariseos, los cuales eran modelos de austeridad, respetabilidad y correcta ciudadanía. Sin embargo, sus virtudes eran las del hombre no regenerado, e inclusive las virtudes de los no regenerados tienden a eclipsar a Dios, e impiden a quienes las tienen progresar hacia el conocimiento de la Realidad definitiva, que es la finalidad y el propósito de la vida¹⁵⁸. Por tanto, un criterio de discernimiento es absolutamente necesario para discernir las realidades más allá de las simples apariencias.

Según Ibn Sīnā, uno de los primeros frutos del trabajo espiritual es el desarrollo de lo que él denomina la ciencia fisiognómica, la cual consiste en desentrañar el interior de las personas a partir de los signos

externos: “La ciencia de la fisiognomía es de aquellos saberes cuyo beneficio paga al contado, pues te descubre lo que cada cual mantiene oculto de su carácter, de tal modo que, en consecuencia, puedes obrar con talante abierto o reservado”¹⁵⁹. Gazālī, por su parte, dice que hay signos exteriores que pueden informar sobre la licitud o ilicitud de algo o de alguien. La apariencia exterior, actitud y hábitos, actos y palabras de alguien, pueden denotar que es poseedor de lo ilícito. Si uno ve, por ejemplo, a un hombre injuriar a otro en un ataque de cólera, es éste un signo fiable. Pues, muchos hombres, dice Gazālī, prudentes en su búsqueda de bienes materiales, no son en cambio dueños de sí mismos en los ataques de cólera o de pasión. Y en caso de conductas ambiguas donde sea difícil decidir, dice que el único medio que tiene el hombre para decidir es consultar su corazón¹⁶⁰. Existe un hadiz al respecto que encontramos también recogido por Nawawī: “Consulta tu corazón. La virtud es lo que tranquiliza el alma y el corazón de uno. Y el pecado es lo que se remueve dentro del alma y se agita en el pecho, te digan lo que te digan aquellos a quienes consultes”¹⁶¹. Los dichos y hechos del profeta, que conforman la *Sunna*, constituyen así también una guía y un criterio para la conducta justa.

En otro capítulo del Corán encontramos una significativa aleya: “¡Cre-yentes! Si teméis a Dios, Él os concederá un Criterio, borrará vuestras malas obras y os perdonará. Dios es el Dueño del favor inmenso”¹⁶². Vemos así que la adquisición del discernimiento se asocia al temor reverente de Dios, el cual sólo puede desarrollarse si primero se tiene conciencia de Su poder y Su presencia. En el capítulo siguiente se tratará el proceso que lleva en el sufismo a la adquisición de esta conciencia y su consecuente temor protector. La salud dependerá, por tanto, de una atención constante sobre el interior y el exterior y de una conducta basada en los principios superiores. Más adelante se verá que esta atención o temor reverente, junto con la asidua práctica de las técnicas propias del método sufí, deja paso progresivamente al conocimiento místico y éste al Amor, que es la auténtica medicina.